



629

XIII/1106
(2)

SEGUNDA PARTE DE LOS ROMANCES de Doña Juana de Azevedo.

YAfabràs como' salid
desterrado por Romero
de Sevilla el Mayordomo,
y fue à servir al Rey nuestro
en las Galeras de España,
de las que escapò sobervio.
Cautivo estuvo en Argel,
adonde renegò el perro,
que es verdugo de Christianos,
y el vandido mas protervo.
Dexemos à este homicida
con este barbaro intento,
y vamos à Doña Juana,
que del Mayordomo nuevo
enamorada, y rendida
anda, que beve los vientos.
Como es valiente, y galan,
y de lindo entendimiento,
y como la diò la vida,
dispuso fuesse su dueño.
Se fue una noche à su quarto
amparada del silencio,
y entre sus brazos rendida
le dice: Despierta, Dueño,
que tan descuidado duermes
del firme amor que te tengo,
pues me tienes tan rendida,

que con desvelos no duermo.
Acà me tienes el alma,
que viene buscando el cuerpo;
tuya soy, tù me ganaste,
esso negarlo no puedo.
Entonces abrid los ojos,
y viendo aquel Angel bello,
que le està echando favores
sentada en un blanco lecho,
como està en ropas menores,
parece su rostro un cielo,
sus mexillas son dos rosas,
sus ojos son dos luceros.
Doña Juana ve à tu quarto,
y à tu amor le pondràs freno,
que yo no igualo contigo
en calidad, ni en dinero;
mira que tu padre es Conde,
y yo de mi nacimiento
hombre humilde, aunque es verdad
que de nobles pensamientos;
buena sangre me acompaña,
que heredé de mis abuelos.
Y la Dama le responde:
Concedo con todo esso,
hija soy de Adàn, y Eva,
tù tambien seràs lo mesmo,

y por casarme contigo
yo no ofendo à Dios del Cielo,
y pues que no ofendo à Dios,
casarme contigo quiero,
que eres hombre, y donde quiera
que vayas te he de ir siguiendo,
que para nuestro regalo
quatro mil doblones tengo
en el rincón de aquel arca
atados con un lenzuelo,
por donde quiera que fueres
no te faltarán dineros.
Viendo la resolución
el buen Alonso Romero,
gozò la mas bella flor,
la mejor Dama del Pueblo.
Mas allá à la media noche,
quando todo està en silencio,
Romero se levandò,
la dice: Despierta, dueño,
antes que seamos sentidos
busquemos nuestro remedio;
y para mas brevedad,
ensilla un cavallo negro,
y mientras lo està ensillando,
la niña con lindo acuerdo
le traxo seis caravinas,
y de su padre un colete,
y ella se mudò deropa,
calzones, capa, y sombrero.
Se salen la puerta afuera
con gran cuidado, y secreto,
y à pocos passos que han dado
han tenido un mal encuentro,
que los encontrò la Ronda,
y el Asistente con ellos,
(que es Padre de Doña Juana)
y les dice: Caballeros,
tened, quièn vâ à la Justicia?
ponganse presto en el suelo.
En breve diò la respuesta,
y fue matando uno de ellos;
al soplo de una pistola
quedd tendido en el suelo;
y un Corchete diligente,

mas velòz que el pensamiento,
le asò al cavallo las cerdas
de la cola, y con un trueno
Doña Juana le rompiò
con dos pelotas el pecho.
Quedaron los dos tendidos;
pidiendo los Sacramentos,
y ellos se salen al campo,
que vieron el Cielo abierto.
Toda la noche caminan;
yâ que iba amaneciendo,
se ocultan en un arroyo
entre unos arboles frescos.
Dixo el Galan à la Dama:
Sabrás, mi bien, lo que siento
el verte ahora sentada
en aqueste duro suelo,
no sabiendo tû pisar
sino al sombrás de gran precio.
La enamorada responde,
por darle mayor consuelo:
No he tenido yo en mi vida
gusto como el que ahora tengo;
no havrà para mi trabajos
mientras tû fueres mi dueño;
lo que quiero saberes,
donde vâ tu pensamiento?
Y èl ha dicho: Solo en ti
todo mi cuidado llevo.
No es esto lo que pregunto,
sino à què Patria, ò què Reyno,
ò si hemos de entrar en Arcos?
esto es lo que saber quiero.
Y èl dice: A mi tierra no,
sino à otra parte mas lexos.
Yâ sabrás que en Gibraltar
un hermano mio tengo,
allà iremos, y en su casa
serà nuestro casamiento.
Passaron todo aquel dia
con este entretenimiento,
y apenas vino la noche
buelven à montar ligeros,
y al salir el Sol, se hallaron
en unos montes espesos

en

en las Sierras de Xeréz,
causa de su pèrdimiento,
donde hallaron una cueba,
y ambos se metieron dentro,
quando sin pensar se hallaron
con veinte y seis Vandoleros.
Quiso entonces defenderse,
yno se atreviò à hacerlo,
porque se vido cercado
con muchas armas de fuego.
Aquí si que eran de ver
los llantos, y los lamentos,
que Doña Juana hacia
por ver à su amante preso,
y entre penas, y suspiros
invocaba à Dios del Cielo.
A Romero le despojan
de sus armas, y dineros,
y atado de pies, y manos
està tendido en el suelo,
ternamente suspirando,
su fortuna maldiciendo.
No siente su vida yâ,
mas lo que siente en su pecho
es ver à su dulce esposa
entre tanto lobo hambriento,
que como ven que es muger,
y tiene en su rostro un cielo,
dentro de la cueba baylan
los ladrones de contento.
Salì el Capitan afuera,
cubriendo su rostro un lienzo,
y à sus amigos les dice:
O què gran dia tenemos!
que aquesta paxara hermosa
para mi regalo quiero.
Ea, cojan al Galan,
y para lograr mi intento,
amarrenlo en aquel arbol,
que he de hacer con èl un hecho,
y ha de ser tirar al blanco;
ymiren que les advierto,
que aquel que no le acertare,
con èl he de hacer lo mesmo.
Yâ puestos para tirarle,

631
como tenia dispuesto,
la hermosa de Doña Juana,
en ambos brazos abiertos,
tapando à su esposo dice:
No permita Dios del Cielo,
que yo te vea morir,
siendo yo la causa de ello;
aquí moriremos ambos,
yâ que no hay otro remedio.
Bolviò el rostro al Capitan,
estas palabras diciendo:
Detente, Señor, detente,
ponle à tu soberbia freno;
yâ que nos tienes allà
nuestras prendas, y dinero,
las vidas, por Dios, te pido:
mira, que te mira el Cielo,
y que te ha de pedir cuenta
en el Tribunal Supremo.
Se enterneciò el Capitan,
no de la lastima tierno,
sino porque fue el traydor
Capitan de Vandoleros,
que estuvo preso en Sevilla,
y le liberrò Romero.
Se quitò la mascarilla,
descubriendo cara, y pecho,
dice: Conoceme por tu amigo,
no tengas ningun recelo,
que aunque soy hombre cruel
en este monte desierto,
no dexaré de pagarte
una vida, que te debo,
en darte la tuya ahora,
y la de tu Dama en premio.
Veis aqui vuestro caudal,
vuestras prendas, y dineros,
y tambien de mas à mas
recibe allà estos mil pesos.
Si quieres que te acompañe
con todos mis compañeros,
por donde quiera que fueres
iré en tu seguimiento.
Vivas mil años, amigo,
que en el alma lo agradezco:

y

y aquel día el Capitan
los regaló con conejos.
Así que vino la noche
tendiendo su manto negro,
montaron en su cavallo,
que se dexa atrás el viento.
Camrind toda la noche,
hasta que fue amaneciendo,
se hallaron en Gibraltar
yá que el Alva iba rompiendo.
Hallan las puertas cerradas,
y como van de secreto,
se apartaron del camino
à darle tributo al sueño.
Havian saltado en tierra
de Moros un barquichuelo,
que iban à recoger,
y se encontraron con ellos,
entre los quales venia
el Renegado sobervio,
el que sirvió à Doña Juana,
aquel que le hirió Romero,
y así que le conocid,
esta plática les ha hecho:
O señora Doña Juana,
como yá se trocó el tiempo,
que si yo fui tu criado,
ahora seré vuestro dueño;

y águ pulido Gabán,
de estas heridas del pecho,
que aquí las señales traygo,
en mi casa daré el premio,
que allí tengo una tabona
para su entretenimiento.
Toda esta fiesta llevaba
con los dos cautivos nuevos;
y Dios, que al que es su devoto,
socorre en tales aprietos,
quando miraron, se hallaron
en manos de aquel guerrero
Papachin, y su Armada
se rindieron al momento.
Viendo aquesto el Renegado,
como no logró su intento,
se arrojó al mar donde fue
sepultura de su cuerpo:
Doña Juana fue gozosa,
por quedar libre, y Romero.
Entraron en Gibraltar,
abreviando el casamiento,
año de noventa y tres,
à tres andados de Enero.
Supolo despues el Padre,
el qual està muy contento,
y hoy viven los dos Amantes
muy alegres, y contentos.

F I N.

Con licencia: En Madrid: En la Imprenta y Libreria de Andrés de Sotos,
calle de Bordadores, frente la Iglesia de San Ginés,
donde se hallará.